

- Cielo, ya me voy. Me necesitan en el hospital.
- Minerva, por favor no salgas. Sé que es tu trabajo, pero hazlo por tu salud. Recuerda que tienes diabetes y ésta endiablada enfermedad te podría matar. Tu jefe va a entender, no creo que te corran. No me dejes solo, Mine, por favor.
- ¿Recuerdas cuando me recibí de enfermera? Tú y yo ya éramos novios cuando hice mi juramento frente a mis profesores. Voy a estar bien. Te amo, cariño.
- En más de cuarenta años de casados ese es, sin duda, el “Te amo” más triste que has dicho.
- Te veré en la mañana, cielo.
- ¿Estas segura que quieres ir? No te vayas. No quiero quedarme solo.

Minerva salió con premura a la vez que acomodaba su cofia. Giro su cabeza una vez más dejando volar unos cuantos cabellos rebeldes y vio con tristeza la gran puerta de madera con el delgado hombre que yacía a través de una de las ventanas laterales con todo el miedo del mundo depositado en sus lágrimas. Minerva se colocó su vieja bufanda y caminó con paso firme a la parada del transporte. Luis se quedó unos minutos más viendo a la calle con la ilusión de que ella entrara en razón y devolviera sus pasos a su lado para combatir el apocalipsis dentro de su pequeño refugio, pero por hermoso que fuera resultaba imposible. Despide a su amada a la distancia y desaparece tras las cortinas.

Con pasos trémulos se dirige al antiguo sillón que les regalo el padre de Minerva. Se sienta y deja escapar un largo y lastimero suspiro. Ofuscado con la idea de no volver a ver a Minerva, cambia de lugar y se sienta en el sillón individual que da hacia la ventana. Estaría ahí hasta ver los primeros rayos del alba reflejados en el blanco uniforme de su esposa que llegaba a casa.

Luis prefiere mantener la televisión apagada al igual que las luces, exceptuando el pequeño foco del pasillo. Sabe que si prende la televisión se va a preocupar por Minerva y quizá sienta la imperiosa necesidad de llamarle en horas de trabajo, lo que solo le traería el tempestuoso regaño de su atareada esposa. También sabe que si prende otra luz, su preocupación va a disminuir y va a dormir con soltura hasta la mañana, pero claro que esto es inconcebible en la mente de Luis; le parece ridículo descansar mientras que su esposa salva vidas, así que decide esperarla toda la noche, aguardando la hora para recostarse juntos y amarse en silencio. A diferencia de muchos adultos, Luis duerme

plácidamente con la luz encendida. La oscuridad solía aterrarlo, y aún lo hace, pero desde que se casó con Minerva ese miedo se disipo y encontró calma en el lecho matrimonial. Pero ahora recurre al monstruo nocturno para que lo acompañe en la larga jornada que le espera.

Estira el lánguido brazo por encima de la mesita decorativa que devela, con fotografías desperdigadas, el camino de la vejez. Toma uno de los pequeños retratos al azar y lo registra paciente y dulcemente de arriba a abajo, como si quisiera succionar los recuerdos por los ojos, claro que esto es imposible, pero Luis ha sido el único que por un momento, casi irreal, convivio con toda su memoria en aquella sala desierta. Revivió toda su vida concretada en siete marcos fotográficos.

Una mano se posa suavemente sobre el hombro del añorante anciano. Luis reconocería esa mano sin un instante de duda, porque esa mano fue la misma que lo acompañó en sus ratos más amargos, nostálgicos y mágicos que guiaron la mitad de su vida. Voltea impávido, con la respiración trémula, solo para encontrar a su madre entre todos los invitados que se congratian de volver a reunirse, aunque sea por un instante en el sofá de Luis. Lagrimas. Muchas lágrimas que Luis no pudo contener en el momento en el que vio a la mujer de cabellos de almidón y sonrisa resuelta que había partido hace tantos años. La materna aparición le devuelve una mirada de nácar. Una mirada. Un beso. La infancia devuelta. El pueril anciano se desploma en los brazos del recuerdo. Su madre lo levanta del piso con facilidad. Luis vuelve a sentir paz. La respiración agitada por su carácter ansioso, desaparece con un tibio beso en la mejilla. Juntos se acercan a reunirse con cada fracción de memoria.

Sentado en el sillón marrón, don Roberto, el padre de Minerva, acariciaba el cuero importado con una pasión juvenil como nunca lo hubiera hecho con su esposa en vida.; Eduardo Serrano, su amigo de la escuela secundaria, tomaba grandes sorbos de ron conservado desde la boda de los dueños de la casa; la hermana de Luis, Margarita, que había muerto en el parto dejando tres huérfanos, ahora inspeccionaba los libros en las estanterías y los juzgaba con la crudeza que solo un vivo puede expresar. También estaba Romina, su hija, pero con la infancia eterna plasmada en la fotografía. Volvía a ser su pequeña después de la terrible pelea que tuvieron y que provoco no haber sido invitado al matrimonio de su propia hija. Romina volvía a la edad en la que más se extrañan a los hijos. Entre los invitados de la memoria, una figura diáfana se mueve con soltura, con elegancia, con pasos tan armónicos que toda la habitación se llena de luciérnagas sonoras. La aparición se escabulle entre los presentes solo rosándolos por el hombro. Todo se detiene. Es ella, piensa nuestro inesperado anfitrión. Minerva.

La madre del aún confundido Luis, con un gesto tan claro que no necesita palabras, lo vuelve a parir al amor. Un joven Luis camina torpemente entre la fantasmal muchedumbre.

Choca con los muebles y se enreda con sus propios pies. Inevitablemente cae, pero cae en triunfo al ver delante de él los zapatos amarillos que caminaron junto a los suyos por más de cuarenta años. Una vez más una mujer a la que ha amado con profunda devoción lo levanta del suelo. Minerva acaricia el delgado rostro del tembloroso hombre y lo besa dactilarmente por toda la mejilla. Luis le reitera su eterno amor y le vuelve a echar en cara haber salido para el hospital dejándolo solo. Ella sonríe. Su sonrisa desaparece todo miedo y duda en los ojos de Luis. “Ya no estás solo, amor mío, ya no más”.

Luis nunca hubiera creído que la memoria podía sentarse en su sala, y mucho menos hubiera creído que los fantasmas del tiempo pudieran llorar. Ahora lo sabía y podía sentarse y llorar con ellos. Luis cierra los ojos. Cierra los ojos una vez más.

La sala vuelve a quedar vacía. Los muebles permanecen intactos y solo la pequeña luz del pasillo permanece zumbando como una luz vieja. La anciana Minerva empuja la puerta de madera. Se quita los zapatos blancos en la entrada y cuelga la bufanda aterciopelada en el perchero de la sala. El teléfono suena y Minerva espera en un acto del cielo encontrar del otro lado algo que le fue arrebatado hace semanas, y que solo la ha embriagado de soledad en su reumático corazón. Antes de levantar el teléfono respira dos largas bocanadas de aire.

- ¿Bueno?
- Hola, mamá. Soy Romina.
- ¡Hija! ¿Cómo va todo? Acabo de llegar. Estaba a punto de llamarte.
- Todo bien, mamá. Los niños han estado tomando clases en línea y jugando. Es un desastre, pero estamos bien.
- Me alegro mucho, querida.
- Mamá, sé que ya lo hablamos, pero insisto en que te vengas a quedar unos días con nosotros, al menos hasta que esto se tranquilice. Me preocupa que estés sola en la casa y que sigas yendo al hospital.
- Ya lo hablamos, Romina. Esta es mi casa y no voy a dejar solo a tu papá. Te lo agradezco, pero no me voy a ir.
- Mamá... por favor no sigas. A mí también me duele lo que le pasó a papá, no quiero perderte a ti también.

Minerva respira y agrega. “Hija, tu papá fue y va a seguir siendo el amor de mi vida. En esta casa formamos nuestra familia. Envejecimos juntos.

En el hospital me preguntan todos los días sobre mi estado de ánimo y me ofrecen sus condolencias ¿Quieres saber cómo me siento? No me siento triste ni sola y mucho menos como una resignada viuda. Me siento molesta, muy molesta con el maldito virus que se llevó a tu papá; molesta con el seguro y como lo trataron en su lecho de muerte;

molesta con el hecho de que me hayan prohibido despedirme del hombre con el que compartí la mitad de mi vida, por miedo a que su cuerpo inerte me contagiara; molesta porque el cabron que estornudo condeno a un anciano a morir. Pero sobre todo estoy muy molesta con tu papá, porque me dejo tan sola en el momento que más me hace falta.”

Silencio. No queda nada más que silencio. Minerva cuelga el teléfono con la terrible sensación de ser la única que experimenta, por primera vez, la perdida y la soledad. Con los ojos nublados por las lágrimas camina a tientas por la sala hasta llegar al pequeño rincón favorito de Luis. Se sienta y espera. Ésta pandemia no ha enseñado otra cosa a Minerva más que esperar. Sostiene una foto enmarcada de la mesita de junto. La acaricia con ternura. Es la última foto que se tomó con Luis en un viaje de aniversario. Le habla a la foto como si el retratado estuviera ahí. Le cuenta su día y lo mucho que lo extraña. Limpia las pocas lágrimas que se evaporan por el calor que irradian sus mejillas. Respira. Se concentra en respirar. Minerva tose por primera vez.

“Ya no estarás solo, amor mío, ya no más.”